

trataron aquellos naturales cuando abandonados á su capricho podian despojarnos impunemente, su modo de vivir, su esquisito aseo en las habitaciones, servirán para probar, asi lo espero, que aquellos isleños están mucho menos distantes de los primeros escalones de la civilizacion de lo que se habia creído hasta ahora; pero lo que retardará sus progresos es que huirán siempre de toda comunicacion intima con los europeos.»

Esta relacion comprende cuanto sabemos acerca de las costumbres fundamentales de los nuevos irlandeses: el lector suplirá con sus conjeturas las que podríamos deducir por las suyas, porque nuestro papel debe ceñirse á la simple mención de los hechos y á su citacion como historiador celoso de no aumentarlos con comentarios. Solamente agregaremos á este cuadro un bosquejo de las costumbres domésticas que la mansion de aquellos papuas en las playas de Puerto Praslin nos ha permitido reunir en nuestras relaciones habituales con ellos.

El primer arte que se debe examinar en todos los pueblos, cualquiera que sea su civilizacion, es el de la cocina. Comer glotonamente es sin duda la primera necesidad de la vida; pero someter sus alimentos á diferentes preparaciones, anuncia un refinamiento que no puede nacer sino bajo la influencia de la comodidad y de una posicion en medio de un suelo productivo: bajo este concepto nos pareció que los nuevos irlandeses no habian hecho grandes progresos, y el fuego es entre ellos el agente universal cuyo socorro reclaman ellos, sea para asar sobre las brasas sus alimentos, sea para calentar las arenas de las orillas en que duermen de noche, ó en fin para arrojar los insectos y preservarse de sus picaduras. Para encender sus braseros se sirven de dos pedazos de madera que frotan con viveza y de los que salen chispas que

recogen con paja seca. Por este sencillo medio pueden en cualquier parte que se hallan, preparar sus comidas, encender instantáneamente aquellas grandes fogatas que secan sus miembros de los aguaceros á que están espuestos. Aquellos naturales temen la profunda humedad que reina en los bosques; y cuando van á acampar á cualquier punto de la playa, escogen constantemente la parte descubierta y arenosa, se colocan en círculo quedando el fuego en medio, que mantienen cuidadosamente, y colocan al lado de cada individuo grupos de brasas encendidas para calentarle mientras duerme y preservarle de la humedad de las noches. Aquellos negros, acostados asi revueltos sobre la arena caliente, parece que experimentan el mayor placer en estenderse en todos sentidos para no desperdiciar calor alguno del que despiden las fogatas que han dispuesto. Nos sucedió con frecuencia visitarlos en medio de la noche sin que jamás sorprendiésemos á toda la tribu entregada al sueño. Parece que para evitar sorpresas tienen la precaucion de colocar alrededor de sus campamentos centinelas que á la menor apariencia de peligro dan el alarma, y que se ocupan tambien en atizar el fuego.

Los nuevos irlandeses comen á todas las horas del dia; y cualquiera que sea el animal que se les venga á las manos, inmediatamente lo echan sobre las brasas, y no bien está asado cuando se lo comen; jamás se toman el trabajo de desollar un cuadrúpedo ni de pelar un ave, pues se comen hasta los intestinos. No les causan el menor disgusto los insectos ni reptiles mas asquerosos, y frecuentemente les hemos visto comer lagartos grandes á medio asar. Cuando los habitantes salen de sus lugares no llevan consigo provisiones algunas, y se detienen en los arrecifes para buscar algo que comer en las mareas bajas. En efecto, alli cogen cuanto pescado pueden desear, y á este

recurso principal se agrega una infinidad de mariscos, y sobre todo pulpos y piletas, tortugas, langostas, llamadas *kukiavas* y otros muchos mariscos. Pero entre tanto que los naturales recorren así los estensos bancos de arrecifes que circuyen aquellas costas, penetran otros en lo interior de los bosques y recogen las muchísimas producciones vegetales que la naturaleza les concedió con profusión. Entre los frutos que por su estado de madurez buscaban con mas esmero, daremos el primer lugar á la castaña del ino-carpo, cuyo gusto y sabor tiene la mayor analogía con las castañas de Europa; este fruto llamado *laka*, es tan abundante que á veces emparva el suelo; los papuas lo comen asado, así como la fruta de la palmera bastarda que llaman *cycas*. La abundancia de viveres y la cantidad que aquellos isleños consumen, nos han sorprendidos muchas veces. Efectivamente, jamás asistimos á alguna de sus comidas sin que viésemos desaparecer enormes porciones de carne, mariscos y pescados; siendo su mayor regalo comerse á estos últimos crudos. A veces, para cocer sus alimentos hacen un agujero grande en la arena; lo revisten con hojas recién cogidas, y allí echan lo que quieren preparar con piedras calientes. Los animales con que se regalan no son numerosos; solamente crían algunos cerdos, y entre los cuadrúpedos silvestres los cuscus son los únicos que, según parece, servían en sus festines. La cochura no privaba á estos últimos de un olor fragante y espansible que mientras vivos anuncian su proximidad mucho antes de que se les vea; esta carne, es, sin embargo, muy capaz de excitar el apetito por su blancura y cualidades aparentes; pero inútilmente tratamos diferentes veces de comerla, por que el olor, que jamás se le quita, levanta el estómago mas robusto y mas hambriento. Algunos naturales nos manifestaron que no se desdaban de comerse los perros;

este gusto no tiene nada de extraordinario entre aquellos pueblos, per que está generalizado universalmente en todas las tierras de la Oceanía. La col caribe, planta de la familia de las aroides, tan preciosa por sus cualidades nutritivas, se da en todas las tierras pantanosas, y está en el mayor aprecio en la Nueva Irlanda, é igualmente en las islas de la Sociedad. Pero lo que nos sorprendió en esta grande isla, situada á una corta distancia del ecuador, es la escasez de cocoteros que se dan en las costas; por el corto número de cocos que nos presentaron aquellas tribus, como objeto de cambio, y por el precio que exigian, debimos pensar que este excelente fruto estaba restringido en su uso, y que se le miraba como una sustancia nutritiva tanto mas preciosa cuanto menor era su abundancia. En Puerto Praslin no hay ni un solo cocotero; y todos los cocos que nos llevaron los habitantes, estaban secos: al coco entero le llaman *lamas*, á la envoltura leñosa *larime*, y á la leche emulsiva que contiene *kauru*. Pero si los cocos escasean, tienen en cambio los *unes* (platanos) los *nios* (batatas), los *tos* (caña dulce), y los *bereos* ó frutos silvestres del pan: su única bebida es el agua pura.

El reposo, esto es, el *far niente* que consiste en descansar en tierra sus miembros adormecidos, es para los nuevos irlandeses la realidad de la dicha. Nosotros los visitamos á todas las horas del dia y de la noche, pasamos dias enteros echados entre ellos, con la mira de estudiar sus costumbres exteriores, y casi siempre los vimos saborear con una especie de voluptuosidad aquel reposo tan semejante al de un bruto. Cien veces hallamos á los viejos flojamente tendidos cerca de una hoguera medio apagada, que se llevaban las horas enteras con las piernas una sobre otra y las manos cruzadas sobre el pecho en la mas completa inmovilidad, pero siguiendo con la vis-

ta hasta nuestros menores movimientos y acciones.

Aquellos pueblos gustan con pasión del betel, de aquel sialagogo tan enérgico que ennegrece profundamente la dentadura, que la corroe, y comunica un color rojo sanguinolento á las membranas que revisten lo interior de la boca. Este uso, completamente desconocido de todos los demas oceánicos, no ha podido haberseles trasmitido mas que por los malayos en la época en que se estendia su navegacion á todos los mares que bañan aquella parte de las islas polinesias y oceánicas. Las razones que da Peron sobre la utilidad de esta droga están muy lejos de ser exactas, y nadie duda que se debe simplemente atribuir la introduccion de su uso entre tantos pueblos á la fantasia y á la moda. Los nuevos irlandeses de cierta edad son los únicos que mascan el betel; por que, segun vimos, los jóvenes no gozan de la prerogativa de usarlo, pues ninguno se lo habia llevado á la boca. Se designa con el nombre de betel una mezcla de sustancias de grande acritud, cuyos principios se corrigen para producir un producto mixto de un sabor ligeramente narcótico, que es necesario confesar que hallamos muy agradable. La base de estas materias es la cal llamada *emban*, que sacan calcinando las madreporas, y que los naturales encierran en un fruto de epidermis encarnada llamado *kamban*, cuya superficie está frecuentemente adornada con muchos dibujos. Este fruto, del tamaño de una coloquintida, lo es de una planta enredadera llamada *melodinus scandens* por Mr. La Billardiere. En otro vaso pequeño conservan frutos de arec y hojas de pimentero que espolvorean con cal antes de usarlo. La nuez de arec es lo que ellos llaman *brial*, y el fruto verde ó la hoja del pimentero es lo que conocen con el nombre de *poque*.

La industria de las tribus de que nos ocupamos

no es variada. Los hombres que van desnudos, y que parece no sienten la necesidad del menor velo para vestirse, no han tenido que ocuparse de los medios de fabricar telas; y como todas sus necesidades son de puros animales, es tambien su resultado la falta de artes consagradas á las comodidades de la vida y á los goces intelectuales; por que bajo este concepto, todas las razas negras están poco mas ó menos atrasadas que el resto de la especie humana. Pero en desquite los ha llevado su instinto á crearse numerosos medios de ataque y de defensa, y su gusto se ha dirigido hácia las bagatelas mas estravagantes para hacerse mas temibles en un día de combate ó para adornarse. En nuestras relaciones diarias con los nuevos irlandeses solicitaron algunas telas de colores vivos, objetos de vidrio, pero no era con el fin de hacer uso diario, sino probablemente para adornar á sus ídolos. Los únicos tegidos que saben fabricar consisten en hojas de *pandanus* cosidas de manera que formen unas capuchas para preservar la cabeza y las espaldas de los grandes aguaceros. Estos medios protectores son el primer bosquejo de las mismas telas que hallaremos entre los habitantes de la Nueva Guinea. Las únicas perfecciones dignas de ser citadas como productos de una imaginacion creadora, son los ídolos groseramente esculpidos que tienen en sus templos, y los diversos adornos, hechos la mayor parte con plumas de colores vivos, destinadas para adornarse las cabezas ó la cintura en un dia de combate. Sus embarcaciones, aunque muy inferiores á las de los mongolo-pelagianos, anuncian con todo ideas bastante adelantadas sobre la arquitectura naval, aunque parece que ignoran completamente el arte de mauejarlas con vela.

Durante nuestra mansion en la bahía llamada Puerto Praslin, vimos hasta cincuenta guerreros á la

vez, que al parecer obedecian á unos ancianos que llevaban como signo distintivo los cabellos largos y la barba tambien. Nos ocultaron cuidadosamente sus mugeres, lo cual parece que prueba que á sus ideas paganas se mezclan algunas tradiciones musulmanas que habrán tomado en sus relaciones con los malayos. Nos dieron á entender que gozaban de la prerrogativa de tener muchas mugeres; pero su conversacion nos probó tambien que ellos llevaban tan lejos como es posible la inquietud de un humor celoso.

La guerra, ó mas bien aquel instinto vago de destruccion, patrimonio de la barbarie profunda, como de la civilizacion refinada, viene á ser un estado habitual entre ellos y los isleños sus vecinos. A juzgar por la naturaleza de sus armas y el número de ellas que tienen, es fácil convencerse de que se dedican con el mayor cuidado á multiplicarlas y á hacerlas mortíferas. Pero á las armas ofensivas y defensivas agregan placas de nácar destinadas á señalar el valor de los guerreros, collares, plumas, etc., signos evidentes de una especie de caballería: ¡tan cierto es que los hombres, cualesquiera que sean, tienen una tendencia á enorgullecerse con bagatelas que lisonjean su vanidad! En primer lugar, designaremos con algunos pormenores sus instrumentos de destruccion. El mas terrible es la macana ó *silla*: es una larga maza de madera muy dura, encarnada, adornada de dientes ensartados en la empuñadura y primorosamente cincelada por la parte ofensiva. Tras de este terrible instrumento coniuudente viene la azagaya, que es una especie de pica larga y puntiaguda hecha tambien de madera roja muy dura, que los naturales arrojan con gran fuerza, despues de blandirla algunos segundos. Para parecer mas formidables al lanzar a quella javelina, se meten en la boca unos mechones de filamentos ensortijados que imitan malamente á

unos bigotes grandes y espesos. Parece que ignoran el uso del arco y de las flechas, porque nunca las vemos en sus manos. No sucede lo mismo con respecto á las hondas de fibras de palma, con las cuales tiran piedras de que siempre van provistas las embarcaciones, y que parece que son uno de los poderosos medios de agresion. Hacen uso del escudo como arma defensiva; le dan una forma oblonga, convexa, reducida por el centro, y con la superficie adornada de conchas embutidas en la madera.

Los adornos que usan los negros de Puerto Praslín son numerosos y variados, aunque solamente los usan en ciertas circunstancias. Sus adornos mas ordinarios son penachos de todos colores, garzetas de cerdas de javalí, placas de nácar, alzaucellos, collares de dientes, ensartas de conchas y otras frioleras. Con frecuencia se ponen en las aletas de las narices, que al efecto se perforan, hasta las uñas de las langostas. Al rededor de los brazos se ponen brazaletes de paja entrenzada y de color; ó de materia calcárea muy blanca. Se sabe que forman estos últimos adornos con la base de conchas grandes del género cono, y que las trabajan frotándolas con el mayor cuidado. Tambien se abren agujeros en los lóbulos de las orejas para meterse pedacillos de madera, rollos de carey ó dientes de pescados.

El canto es sin contradiccion el primer sonido que vibró la garganta de un ser animado, y aun el hombre antes de que hubiese podido acentuarle de manera que crease la voz hablada. Asi es que de la música vocal á la música instrumental no hay mas que un paso: por lo tanto vemos á todas las razas negras dedicarlas con pasion al baile y á la música, y ser sensibles hasta el estremo, cuando están en la esclavitud, á las canciones que les recuerdan su patria. Los pueblos civilizados secuestrados en comarcas monta-

fiosas conservan intacto este gusto por las tradiciones de sus padres y por los cantos que desde la infancia resonando en sus oídos, se han identificado para siempre con todas las leyes de su organizacion de posicion. Los papuas de Puerto Praslin están mucho mas adelantados bajo este concepto que los pueblos mongolo-pelagianos y oceánicos. En primera línea de sus instrumentos citaremos el *tam-tam* que colocan en sus templos sin duda con la mira de reunir con sus sonidos estrepitosos las tribus para las ceremonias de su grosero fetichismo, ó bien para que les sirva de medio de llamamiento en las repentinas alertas en que pasan su agitada vida. Aquellos tam-tam tienen unos dos pies de largo total; se componen de un tubo hueco angostado por el medio, dispuesto de modo que parece dos conos reunidos por su vértice. Este cilindro perforado lo hacen de un pedazo de madera ligera que pintan de negro lustroso, y guarnecido con varios adornos de carey embutidos en su espesor. Uno de los extremos está cubierto con una piel de lagarto muy bien estirada y asegurada á la circunferencia. Pero una de las particularidades mas interesantes acaso es la de haber hallado entre los naturales el uso del *syrix* ó flauta de Pan: este instrumento no se diferencia absolutamente del nuestro más que en que presenta á veces seis ú ocho tubos en lugar de siete; está fabricado con pedazos de caña unidos con esmero y pasados al fuego en las orillas. Un amigo nuestro que es excelente músico, el baron Feisthamel, tuvo á bien darnos una nota muy interesante sobre el alcance de la flauta de Pan que nosotros le enviamos (1). Por último, hasta la trompa ma-

(1) Los antiguos tenían dos clases de flautas, la sencilla y la *syrix* ó flauta de Pan.

Platon habla de ella en su *Viage á Egipto*; Homero hace tambien mencion en la *Iliada*.

rina vimos en uso entre los naturales de aquellas comarcas; la hacen con un pedazo de bambú que acaba en tres puntas adelgazadas y hendidas de manera que solo están separadas por un pequeño intervalo; colocada en la boca como nuestra trompa marina, vibra la hoja que está en medio bajo el dedo que la aprieta.

Si de los recursos industriosos para consolar las penas de esta vida, y entonar los órganos contra las sensaciones tristes que á cada instante llegan á sitiarnos en cualquier posicion social en que el hombre pueda encontrarse, pasamos á la industria de proveer á la subsistencia del día, veremos que el nuevo irlandés haciendo abstraccion de la abundancia de producciones que cubren el suelo de su patria, le ha cabido en parte un talento privilegiado para la pesca. Ninguna raza posee con tanta perfeccion el sentido de la vista

Estos instrumentos fueron en un principio desterrados de los templos de Apolo por los sacerdotes, á causa de la lucha de este dios con Marsyas; despues llegaron al mas alto grado de favor. Su estudio era parte de la educacion de los hombres ilustres de aquel tiempo. Pericles llamó á Thebas al célebre Antegenides para que enseñase la flauta á su sobrino Alcibiades.

Los thebanos sobrepusieron en aquel instrumento á los demas pueblos de la Grecia. Dion Chrysóstomo dice que vió una estatua de Mercurio, colocada en la plaza vieja de Thebas, en la que se leía esta inscripcion: *La Grecia ha declarado que Thebas ha alcanzado el premio en la flauta*.

Como todo contribuye á probar que los instrumentos acompañaban á la voz al unisono, y que por consiguiente la armonía propiamente dicha era desconocida de los griegos, las cuerdas de las liras y arpas estaban estiradas de modo que produjesen tantos sonidos diferentes, cuantos entraban en su sistema de canto; y por consiguiente las flautas no tenían igualmente mas que una estension muy limitada de sonidos. A medida que el sistema de los sonidos se fué extendiendo, siguieron los instrumentos aquel aumento, y la flau-

como los papuas, y los de Puerto Praslin nos maravillaron frecuentemente por la destreza inaudita con que arrojan al pescado que nada á cierta profundidad del mar un arpon de débil caña pero firme que termina en cinco ó seis puntas de madera dura, y que describiendo una línea parabólica, cae, toca á la presa que se esfuerza inútilmente en desasirse de la caña que la mantiene sobre el agua. A este medio que exige mucha prontitud y una precisión en la puntería que no todos los naturales poseen igualmente, agregan diferentes clases de redes hechas de filamentos de cortezas de árboles retorcidas.

La construcción de las piraguas es esmeradísima entre aquellos naturales, y la regularidad y limpieza

ta que en un principio no tenía mas que cuatro ó cinco notas, llegó á tener muy pronto hasta diez y seis. Pero debe observarse que el conjunto de las notas, así como el *modo de música*, eran siempre *menores*, y todos los autores antiguos están conformes sobre este punto. Es también muy curioso el observar que aun hoy día no hay un solo grito de los que pregonan por las calles de la capital ó de las demás poblaciones no es un modo mayor, antes bien uno menor. La razón que se puede dar de esto, es que el hombre *natural* tiene mucha mas facilidad en atacar la tercera menor que la mayor.

El *syrix* de la Nueva Irlanda presenta un conjunto de notas que tienen este carácter menor, hele aquí:

Fácilmente se vé que teniendo las notas del acorde perfecto en sol, se podría en rigor ejecutar aires en modo mayor, teniendo sobre todo la tónica por nota de base; pero jamás he oído decir que este modo les fuese conocido: lo que prueba que depende de una naturaleza perfeccionada. Se puede, pues, sacar por consecuencia que este instrumento, compuesto de ocho notas, de las que cinco pertenecen á la *gamma* y tres son repetidas en la octava por debajo, es de los tiempos mas remotos.

con que ejecutan la corta de madera, inclinan á creer que hace ya mucho tiempo que han sacado un gran partido de los instrumentos de hierro que se han proporcionado por conducto de algunos buques que han pasado, ó por comunicacion con los malayos. Es un hecho que ellos preferían este metal en sus cambios á cualquiera otra cosa. Las piraguas pequeñas se parecen por sus formas y dimensiones: son estrechas, pero esbeltas y ligeras, y pueden contener de siete á ocho hombres; no son hechas de un solo tronco de árbol; pero sus bordages están ajustados y calafateados del mismo modo que las canoas construidas segun el método europeo, y las costuras ó juntas están llenas con todo cuidado de un betun que sacan de una resina que reemplaza á la brea; también las construyen siempre arrufadas por sus extremos, de manera que estas partes, pintadas con cal y ocre, y esculpidas por su cima en forma de cresta de gallo, pueden tener dos pies y medio de altura. El balancin está pegado al costado de la embarcacion con siete ú ocho travesaños, y no vimos que tuviesen mástiles ni aparejos. Una gran piragua, que contenía cerca de cuarenta combatientes, llegó un día al abra en que nosotros estábamos anclados. Todo nos hace creer que esta grande embarcacion no sirve entre ellos mas que para las navegaciones lejanas y para la guerra, y que pertenece á toda la tribu. No tenía balancin, y sus dimensiones no bajaban de treinta y cinco pies de largo y cuatro en su mayor anchura: sus bordages eran juxta puestos con gran regularidad; y la parte levantada de atras, en lugar de estar cortada en forma de cresta de gallo, imitaba una ancha veleta esculpida con calados, y de la cual se halló una copia en el templo de los ídolos. ¿Es acaso un emblema protector? Esta gran piragua estaba manejada por veinte hombres, entre tanto que cabían otros veinte có-

modamente en los bancos. No tenia mástil ni velas, y los remos eran la única fuerza motriz que la hacia andar. La forma de aquellos remos es parecida á la de un hierro de lanza, y en la parte plana observamos algunas veces bosquejos de marrajos ú otros animales, esculpidos con bastante cuidado. Esta disposicion de los remos no es propia para operar una grande presion sobre la columna de agua, é imprimir por consiguiente un vivo movimiento á la marcha de la embarcacion; pero en cambio sirve á la tripulacion de arma ofensiva, y en un caso de sorpresa ó de ataque cuerpo á cuerpo de dos piraguas enemigas, el remo por su estremidad acerada y vulnerante es una arma peligrosa.

Las relaciones que tuvimos con los nuevos irlandeses de Puerto Praslin, durante nuestra corta mansion en aquella parte de la isla, fueron siempre francamente amistosas. Sin embargo, tuvimos que sufrir muchos robos; porque aquellos negros, aunque no roban empleando abiertamente la fuerza, no perdonan medio alguno de apropiarse cuanto cae en sus ágiles manos. Fácil era el ver que nuestras armas de fuego les imponian una circunspeccion que no les era familiar; porque temian singularmente el poder de las armas cuya esplosion no oian jamás, aun en medio de los bosques, sin temblar. Manifestaban el mayor agradecimiento cuando recibian herramientas de hierro, pedazos de flejes de las botas, con los cuales hacian ellos formones. Este metal era mas precioso á sus ojos que el oro, bajo cualquiera forma que estuviese: porque este último no debe entre nosotros su alto valor si no por que es el signo representativo de los cambios; y el hierro que destruye con una rara energia la civilizacion de las naciones europeas, será por el contrario la palanca de la civilizacion de los pueblos que aun están sumidos en la barbarie de las

costumbres primitivas. Con todo, justo es decir que no tuvimos jamás el menor motivo de sentir nuestra confianza hácia los nuevos irlandeses, que se condujeron con bondad en los bosques, donde muchas veces nos confiamos sin armas á ellos que podian despojarnos en las ocasiones que nos servian de guias cuando íbamos á nuestras expediciones de historia natural. Participábamos sin ceremonia de sus hogares. Con frecuencia tomábamos frutas de mapé ó mariscos para satisfacer nuestra hambre, sin que manifestasen el menor disgusto: acaso el cuidado que pusimos en recompensarlos escrupulosamente nos sirvió de eficaz recomendacion en aquella circunstancia. Sin embargo, no inferimos de esto que sea prudente abandonarse sin reserva á su buena fé, porque en mas de una ocasion creímos apercibir que la fuerza de un buque de guerra era lo que mas les imponia, y el medio mas poderoso para acallar sus pasiones violentas.

La lengua de los naturales de la Nueva Irlanda es sonora, aunque muy diferente de la de las islas de la Sociedad, cuyas palabras no se componen mas que de vocales; entre tanto que contiene muchas consonantes, y sobre todo letras duras como la K que se reproduce con frecuencia. La letra E y aun la Y son en muchos casos simples pronombres, como *le la*, y una especie de correlacion de palabras en las que sirven para designar las partes del cuerpo de que dependen otras: como por ejemplo, *liman* por brazo, *siseliman* por antebrazo, *balaniman* por la mano, *ulman* por los dedos, *pitraliman* por las uñas, etc.

El sistema de numeracion no es estenso, pues no pasa del número 10. A la segunda decena empiezan de nuevo empleando una palabra que cambia el valor de los nombres, designando las unidades. Cuentan habitualmente por los dedos; sus nombres de nú-

mero son evidentemente de origen malayo, y se pronuncian como sigue :

4.. <i>Ti</i> y á veces <i>tiema</i>	7.. <i>His</i>
2.. <i>Iru</i>	8.. <i>Ual</i>
3.. <i>Tul</i>	9.. <i>Su</i>
4.. <i>At</i>	10.. <i>Sauli</i>
5.. <i>Lim</i>	11.. <i>Tic sauli</i>
6.. <i>Uon</i>	12.. <i>Iru sauli etc.</i>

NATURALES DE LA ISLA DE YORCK.

En 22 de agosto de 1823, al salir del canal de San Jorge, que separa la Nueva Bretaña de la Nueva Irlanda, costeamos la pequeña isla de Yorck, de cuyas abras vimos aparejar muchas piraguas tripuladas por gran número de naturales que bogaban con vigor. En un momento se atracaron á la *Coquille* unas ocho embarcaciones, cada una de las cuales tenia seis ó siete isleños enteramente desnudos, y que se parecian de un todo á los habitantes de la Nueva Irlanda; solamente observamos que la mayor parte de los isleños que teniamos á la vista, eran de talla mas airosa, y mas robustos que los habitantes de Puerto Praslin, de quienes no se diferenciaban por el color ni por los cabellos lanudos, cubiertos de cal y de polvos de ocre. Aquellos negros atracaron sin vacilar, y desde luego nos propusieron cambios que consistian principalmente en cocos secos y en plátanos. No les vimos armas, escepto hondas y grandes montones de piedras redondas en el fondo de las piraguas. Todo nos inclina á creer que están familiarizados con los buques europeos que de tiempo en tiempo se aparecen por aquellos mares: todos pedian á un tiempo hachas y hierro, bajo cualquiera forma que estoviese. Cedimos

tanto mas gustosos á sus deseos cuanto que nos dieron en cambio hermosos nautilios flamígeros, grandes volutas coronadas de Etiopia, y ovulos-huevos de Leda. Nos cambiaron un instrumento muy ingenioso hecho en forma de campana, y que emplean para coger en el fondo del agua las gibias y los pulpos: en cuanto á las hondas, y á los collares de dientes de pescado que tambien nos ofrecieron, nada tenemos de particular que decir, porque son absolutamente iguales á los de Puerto Praslin. Las piraguas son tambien cortadas por el mismo modelo, y lo mismo sucede en punto á los adornos, sea que se atraviesen el tabique de la nariz con un cilindro de hueso muy blanco, sea que se embadurnen con color rojo. Numerosas cicatrices, un aire feroz, una decision pronunciada en el conjunto de su porte, comunicaban á su fisonomía un carácter mas guerrero y temible que el que observamos en los naturales de Puerto Praslin.

NATURALES DE LA ISLA DE BUCA.

El 9 de agosto de 1823 nos puso una feliz navegacion á la vista de la tierra de los Arsacides, descubierta por Surville, y que ocupa la estremidad Noroeste del archipiélago de Salomon. Bougainville opinaba que aquellas tierras pertenecian al grupo de islas á que dió el nombre de *Luisiada*. La isla de *Bougainville* así llamada en honor del navegante francés, cuya costa Nordeste emparejamos, es alta, montuosa, y presenta anchos barrancos en sus orillas; su estremidad boreal va bajando insensiblemente hasta una punta de tierra baja y estrechada que parece unida á la isla de Buca, pero que podria bien estar separada por un estrecho canal. La superficie entera de

esta isla es uniforme y parece á la vista como una vasta meseta bastante elevada. Su aspecto es agradable, y una vegetacion activa y lozana se estiende por todas partes, pues hasta las rocas de las orillas del mar estan revestidas de guirnaldas de follage, y el todo está coronado con árboles magestuosos y una faja de cocoteros. La mar se despliega con violencia sobre algunas pequeñas playas de arena que parecen á lo lejos como manchas al pie de unas murallas cortadas á pico que sostienen la meseta de la isla. Esta muralla estaba cortada de modo que nos hacia suponer que los prismas de basalto la constituian en gran parte. Descubrimos un gran número de habitantes en la orilla del mar atraidos por la vista de nuestro buque; estaban completamente desnudos, y solo algunos individuos parecian tener á la cintura una tela blanca. De todas las piraguas que botaron al mar dos solamente consiguieron atracar á bordo: estaban tripuladas por seis hombres de distintas edades que no manifestaron la menor inquietud á la vista de una tripulacion numerosa; cambiaron sus provisiones de armas que estaban trabajadas con el mayor esmero. Tenian hacecillos de flechas hechas de caña con puntas de madera muy dura, guarnecidas por la parte vulnerable con puntas de hueso ó madera. Sus arcos y macanas eran de madera encarnada con buenas esculturas y pintados de varios modos. El hierro era tambien para ellos la mercaderia mas preciosa, y no recibian jamás una hacha, á que daban el nombre de *niko*, sin dar grandes gritos para manifestar su alegría.

Los naturales de esta isla son unos papuas de mediana estatura, y que llegan cuando mas á cinco pies y tres ó cuatro pulgadas, y sus miembros son débiles y poco musculosos. La piel es de un color moreno subido con algo de amarillo; el cabello es largo, rizado,

y lo tenían enmarañado como los habitantes de Waigiú: sus facciones tenían cierta dulzura y la nariz no tenía nada de chata. Toda su vestimenta se reducía á una cuerda que les daba algunas vueltas á la cintura. Observamos que el sistema piloso era abundantísimo y que tenían el prepucio desmesuradamente prolongado.

En la proa de una de aquellas embarcaciones estaba subido un jóven embadurnado con unos polvos encarnados espesos, y llevaba en la frente una faja ancha blanca redonda. Este petimetre parecia envanecerse con su adorno realzado con dos mechones de plumas encarnadas metidas en los agujeros de las orejas, y flores del mismo color en el pelo. Otro tenía la cabeza cubierta de ocre desleido en aceite. Todos tenían cicatrices de realce colocadas simétricamente en el hombro formando eminencias piramidales; en la muñeca izquierda tenían un brazaletes de corteza. Uno solo tenía pendiente del labio inferior una concha que le cubria la barba, como acostumbra los habitantes de la costa Noroeste de América. Sus peines semejantes á los que usan los habitantes de Waigiú tenían tambien adornos de nacar: en fin todos estaban provistos de betel, cuyo uso les ha cariado los dientes y les ha teñido de rojo color de sangre las encías, la lengua y los labios.

3. HABITANTES DE LA NUEVA GUINEA.

Dampier, Schouten y Forest, son los únicos navegantes que han dado algunos pormenores sobre la Nueva Guinea; pero son tan incompletos y tan distantes de los conocimientos actuales, que se nos agradecerá que presentemos un cuadro de esta vasta comarca de que no hemos explorado mas que un solo punto.